

IDEA DE LA POESÍA A TRAVÉS DE LOS TEXTOS DE BENITO PÉREZ GALDÓS

IDEA OF POETRY THROUGH THE TEXTS OF BENITO PÉREZ GALDÓS

Rosa María Navarro Romero y Rafael Morales Barba

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Benito Pérez Galdós fue un gran observador de su tiempo y prestó atención a todas las manifestaciones artísticas, incluyendo la música y la poesía. En este trabajo pretendemos recoger las ideas y opiniones sobre la lírica que el autor canario fue dejando en sus textos, bien a través de reseñas o críticas, bien a través de los personajes de sus obras ficción. Con ello, pretendemos ofrecer una visión de la concepción que Galdós tenía sobre el género lírico y algunos de los autores que lo cultivaron.

PALABRAS CLAVE: Benito Pérez Galdós, poesía, crítica.

ABSTRACT

Benito Pérez Galdós was a great observer of his time. He paid attention to all artistic manifestations, including music and poetry. In this work we intend to collect the ideas and opinions about the lyrics that the Canarian author collected in his texts, either through reviews or criticism, or through the characters of his fiction works. We intend to offer a vision of the conception that Galdós had about the lyrical genre and some of the authors who cultivated it.

KEYWORDS: Benito Pérez Galdós, poetry, criticism.

Benito Pérez Galdós fue un escritor y un intelectual atento a su tiempo como pocos, sobre el que legó, es bien conocido, un sinfín de opiniones, juicios, reflexiones y testimonios de toda índole. Muy variados, además. Sobre todo, sus colaboraciones con *La Prensa* y *La Nación* de Buenos Aires lo demuestran. Abarca su curiosa y atenta mirada todas las manifestaciones artísticas, con atención especial a la pintura, el teatro, la música y, por supuesto, la novela y la poesía. No dejó tampoco de opinar sobre esta última en sus fabulaciones —de forma más o menos extensa— a través de sus protagonistas. Para Galdós la poesía fue un divertimento más o menos juvenil, que no escapó en años posteriores a su atención crítica. Es más, la reflexión sobre el buen hacer, tanto como las burlas de lo fatuo, tuvieron presencia constante en sus escritos, artículos y novelas. Una presencia que, con ocasión del centenario, ha sido estudiada tanto en su perspectiva de poeta, como en la de crítico de poesía. Sin duda no está de más recordar a Sebastián de la Nuez Caballero y su pionero “Galdós y la poesía” (1977, 118-131), recientemente revisado por el Instituto Cervantes y Luis García Montero. Importantes incursiones al respecto, como colofón de una aventura a la que nos incorporamos. La doble perspectiva partirá de ahí precisamente, de las opiniones deslizadas en novelas y crónicas, pero con el deseo de ahondar en el rastreo en las novelas y, también, en las opiniones vertidas en la

prensa. En este sentido debemos agradecer el trabajo de Dolores Troncoso, publicado a la par que los anteriores, porque ha permitido completar en gran medida las visiones y perspectivas de los estudios previos. Sin duda, el rescate que ha hecho de los trabajos publicados en *La Prensa* nos permite tener hoy una mejor visión de conjunto.

Galdós siempre fue fiel a una concepción de la (buena) praxis lírica basada en su dependencia de la realidad, al menos en el cincuenta por ciento, mientras denunciaba la «poesía hinchada y de relumbrón». Y así lo defiende en la reseña realizada del libro *Auroras*, de Rafael Fernández Neda el 16 de julio de 1865. Galdós es claro en este trabajo bien conocido y repetido:

El carácter de una poesía que durante muchos años ha sido explotada por la juventud española en la belleza exterior, el fondo sacrificado a la forma; un poco de armonía decide la fortuna de una composición, aunque la esterilidad del pensamiento sea tal que en vano la inteligencia del lector busca en ella una idea que comprender, el corazón un sentimiento con que asimilar. Una rima oportuna, un eco colocado sinfónicamente, oculta casi siempre lo vacío y lo insustancial, el oído se siente halagado por la magia de la armonía; pero la impresión pasa tan pronto como esas impresiones sin sentido que produce la música natural, el simple ruido (...). (Nebot: 2020, 71).

El punto de vista es claro. La juventud idolatra lo superficial: «corre deslumbrada tras el color, lo combina, produce brillantes figuras que deleitan la vista, halagan los sentidos, pero despiertan rara vez el sentimiento y no inducen a la meditación» (Nebot: 2020, 72). Por tanto, ni la poesía de Stéphane Mallarmé, Rubén Darío o Dylan Thomas, ni el Góngora de *El Polifemo*, entrarían plenamente en su concepción de lo poético. Galdós, según vemos a través de esta reseña, busca variedad de composiciones, elevación, cuadros de filosofía social, sentimiento, sátira y, fundamentalmente, un lenguaje sincero. Es decir, un lenguaje propio hijo de un sentimiento auténtico —como el dolor— o colectivo; no dudará, por esta última razón, en halagar a José María Iparraguirre y su comunión con el pueblo. Era la época. También a Gustavo Adolfo Bécquer, que no es precisamente un poeta realista. Ambos, bien por la búsqueda de una verdad individual lírica o de una comunión con su comunidad, son para Galdós poetas auténticos. Y ahí vemos la confirmación de su pelea contra lo manido: es una constante esa dualidad en el escritor canario. En un texto recogido por Plácido Checa Fajardo sobre el sol, escribe Galdós:

Qué podré y o decir de la salida del sol que no haya sido dicho y repetido por esa turba de plagarios rumiadores que infestan el moderno Parnaso, eternos profanadores de la verdadera poesía, escuadrón insolente tan exhausto estro poético, como de modestia y sano juicio, peste del siglo, plaga imposible de exterminar (...). (Checa: 2020, 108).

Unos renglones después esos mismos poetas serán acusados de pedantes (2020, 109). Galdós es tajante al respecto:

Si el poeta quiere retratar lo que ve, no recelará, como algunos espíritus tímidos y extraviados a la vez, envilecer su musa, ni degradar su procedimiento poético. Siendo real, no dejará de ser poeta (...). Su inspiración, lejos de padecer extravío, adquirirá robustez: porque alimentándose con las puras emanaciones de la verdad, se completará con ella, con esa verdad que los poetas temen, pero que es indispensable mitad de la poesía (García Montero: 2020, 121).

El escritor canario es sin duda contundente al abordar la *Arcadia moderna*, de Ventura Ruiz Aguilera. Poca ambigüedad cabe, como vemos, en la perspectiva sobre la poesía que formula Galdós: «La verdad, alma de todo arte, estímulo del ingenio» (Troncoso: 2020, 53). Al hablar en un artículo del 14/10/1884 de *Venganza Catalana* de García Gutiérrez insiste:

Pero lo que sobresale en esta obra es aquella decisión incomparable de los afectos, aquel arte para modelar el lenguaje poético y exponer con el pensamiento y sentir de los seres humanos reales, conservando siempre la elevación de la poesía, y no incurriendo en la murria del lirismo (Troncoso: 2020, 134).

Del mismo modo, cuando se refiera a Balart y su *Dolores* destacará las bondades del libro por ser hijo de la autenticidad, de la verdad del sufrimiento, pues, dirá, nunca se imposita. Es decir, denuncia la engañifa de la murria huera y transitada, plagiada o manoseada, para defender la verdad de la realidad —quizá arrimando el ascua a su jardín—, como no podría ser menos en él. Así, el 31/5/ 1885 en *La Prensa* insistirá:

Nada digo de las flores, porque las pobres están que no les llega la camisa al cuerpo. Las imprudentes que se lanzaron a la calle para saber lo que les esperaba, se han encontrado con que todo aquello que los poetas dicen *beso del sol* y de *la brisa juguetona* es pura farsa, y ahora salen con que les han engañado (Troncoso: 2020, 248).

Esos son los hueros y ‘desocupados poetas’ que también aparecen en un trabajo del 2/12/1885. Esos que se dan a conocer en el mundo con «el indispensable *tomo de poesías* o con el *consabido dramita*» (Troncoso: 2020, 323). Opiniones reproducidas, con su carga de sorna correspondiente en diferentes novelas, y motivo de esta reflexión a través de la comparación de sus postulados en los distintos géneros que abordó.

Por otro lado, las opiniones adquieren matices en ocasiones muy de su época. Galdós es un defensor del español, muy alejado de cuanto se cocía en las provincias catalanas, no así en las vascongadas, que conocía bien. No se muestra generoso con el catalán como lengua de cultura

en narrativa, pero, en lo tocante a lo lírico la idea es otra, como implica lo que se desprende de sus postulados. Y así, el 4/5/1886 explica:

Comprendo que los resucitadores del catalán literario consigan su objeto dentro de la poesía, porque la poesía vive perfectamente en los idiomas ingenuos y sin cultivo, casi mejor que en los muy trabajados; pero querer hacer en catalán la novela contemporánea que requiere una dicción extraordinariamente rica y flexible me parece absurdo, con perdón sea dicho del insigne colega Oller, que podría escribir en castellano si quisiera, sin que sus admirables creaciones perdieran nada, antes bien ganando mucho (Troncoso: 2020, 391).

Esa equivalencia entre poesía e ingenuidad (propia de lenguas poco elaboradas, ingenuas y sin labrar artísticamente), sin cultivo, hija del romanticismo en buena medida, de identidad entre pueblo y vate, se ve intensificada al hablar del País Vasco. En el fondo, cuanto quiere ser un elogio quizá hoy no nos lo parezca tanto, pero Galdós es hijo de su tiempo. Un atento hijo. En el caso del País Vasco, de donde provenía parte de su sangre, añade un elemento, el del público y la comunión con el poeta, frente a los vates hueros —idea constante— a los que siempre ataca por falsos. Quizá tenga la idea de idioma ingenuo, pero lo cierto es que el artículo es sumamente positivo en esta ocasión. El texto del 16/10/ 1893 no tiene desperdicio:

En el País Vasco hasta las piedras se animan cuando suena el *Guernicaco arbola* entonado por las potentes y bien acordadas voces de los mocetones de aquella tierra. ¿Qué poeta de los que ahora se estilan más o menos académico o inspirado, según el concepto retórico de la inspiración, puede vanagloriarse de producir un efecto semejante ante el público para quien escribe? Ninguno. Publica el poeta contemporáneo sus mejores versos; sale la crítica diciendo que son magníficos; los lee mucha gente; pero nadie los canta ni los repite, nadie se entusiasma con ellos, ni se forma ese inmenso coro, que es la asimilación por todo un pueblo de los sentimientos del poeta. Además, los poetas reconocidos por todos en las literaturas contemporáneas, nos hablan mucho de la lira, y siempre están a vueltas con el dichoso instrumento, que no existe más que en su imaginación. Su inspiración, si la tienen, es exclusivamente literaria y el estro una figura retórica como cualquiera, Iparraguirre si tenía lira, pues tal nombre hay que dar a la guitarra vieja que usaba. De las cuerdas de ella sacó acentos imperecederos: cantó, fue oído, y su canto persistirá en la memoria de los pueblos (Troncoso: 2020, 1040-1041).

No debemos olvidar al respecto todas las teorías sobre la epopeya que la Institución Libre de Enseñanza prefería, frente a la lírica, y herederas del krausismo y el romanticismo alemán, frente a Francia, bien estudiadas por Juan López Morillas. Tampoco debemos olvidar el fervor que sentía el escritor por la música. No es objeto de este trabajo adentrarse en este aspecto, pero sabemos que Galdós fue un excelente músico, y que llevó a cabo un intento de aunar música y literatura en sus obras.

El artículo no tiene desperdicio y plantea el asunto de la necesidad de público, pero sobre todo el de la lira huera, ante la vivida, su preferencia por el poeta de raptó, verdadero, en esa distinción entre el académico y el más o menos inspirado, o el mero eco y refrito de lo dicho. En un trabajo del 4/II/1866, un joven Benito Pérez Galdós escribía para *La Nación* (Shoemaker:

1972, 263) al abordar la obra de Eugenio Hartzenbusch: «Pero el bibliotecario es poeta y poeta de inspiración». No de la murria de impostores, logolálicos o herméticos hueros por no decir nada propio. Y así es su visión de la poesía verdadera: «Idealismo, idealismo falaz. Abajo la flor, el arroyo, la sonrisa, la lágrima. Basta de ternezas rimadas: no queremos ver hacer pucheros poéticamente. El plectro sonoro de la elegía es un instrumento mohoso y carcomido, que es necesario arrinconar»; o versos «que no tocan jamás el límite de la sensiblería» en quien postula «sorprender la inspiración bajo el estilo, la musa bajo la poesía» (Shoemaker: 1972, 280). No se puede ser más claro sobre la poesía y su ficción, sobre la poesía fingida, y la hueridad de sus versos. Galdós es siempre rotundo, aunque no matice demasiado nunca: «¡Idealismo engañoso! dirán; nosotros queremos realidad: la vida tal cual es, la sociedad tal cual es, inmunda, escéptica, cenagosa, etc. (...) basta de candor poético: basta de ideal» (Shoemaker: 1972, 280). Al abordar la poesía de Bécquer en “Obras de Bécquer” afirma:

Como obra de arte, estas poesías tienen el encanto irresistible de que no existe en ellas nada, absolutamente nada de convencional. Todo fluye directamente del alma, y el poeta, para dar forma a lo que de un modo tan apremiante quiere salir afuera, ha cogido el material que primero se le ha venido a mano. La ausencia de todo artificio, la proscripción inexorable de cuanto huele a retórica, la sencillez, la naturalidad, el propósito de hacer trizas todas esas libreas abigarradas con que ha solido adornarse la poesía entre nosotros, de arrojar al muladar todos los plumajes, penachos, morriones y demás atavíos y señales de puro convencionalismo usadas por el genio para presentarse dignamente en el mundo; el propósito de romper la etiqueta como se rompe un código inútil, o un figurín viejo, hacen de estas poesías un verdadero tesoro del alma, como ideal, y una singular rareza llana de atractivos como forma (García Montero: 2020, 140).

O bien, entre otras opiniones que abundan en ideas similares: «La espontaneidad vuelve a ser la fuente principal y más pura de la poesía, y el arte subjetivo sustituye al arte retórico conceptuoso y retórico, sin que tal novedad pueda considerarse entre nosotros como imitadores de los alemanes (...)» (García Montero: 2020, 142). Unos poetas alemanes de los que admira el pensamiento. Y así, por 1866, muy joven, mantenía:

Los poetas alemanes han tomado mejor camino que los nuestros. Ellos persiguen siempre el pensamiento, se apoderan de él, lo simbolizan en los objetos más bellos y exploran las virtudes y los vicios personificándolos en una flor, en un pájaro o en una nube (Nebot: 2020, 71).

Lo habría firmado María Zambrano que, por otra parte, no había entendido bien que la poesía, antes que pensamiento, es palabra y ritmo, saber decir, saber “cantar”. Pero eso es otra cuestión.

En su lucha contra el exceso de hueridad, y defensa de la autenticidad y de la poesía con base en lo real, o de la expresión sencilla, ataca la impostura logolálica pues reutiliza sin filtro.

Como consecuencia, admira por ello a poetas más cuestionados como Campoamor, todo sea dicho, pero también admira al estupendo Gustavo Adolfo Bécquer. O a Eugenio de Hartzenbusch, aunque en boca de don Remigio, el cura de Halma diga: «Indudablemente me parezco al ilustre poeta, al gran erudito y académico, honra y prez de las letras españolas» (2005, 318). Admirador de lo sencillo por auténtico, pero también de la poesía que reflexiona, se acerca desde ahí a Giacomo Leopardi: «(...) engañaba Horacio el tiempo leyendo al melancólico poeta de Recanati y se detenía meditabundo ante aquel profundo pensamiento *e discomprendo, solo il nulla s'accresce*» (2005, 84). Sin duda a Galdós le hubiera costado menos encajar a Tomás de Samaniego o a Ramón de Campoamor (al que como hemos dicho admiraba), que a Dylan Thomas o a Charles Baudelaire desde la perspectiva del pensamiento, y no digamos a Mallarmé. Y es que Galdós es claro en su perspectiva desde la verosimilitud no impostada, real, cocida en el dolor; y eso nunca se finge y es lo contrario a la hueridad y/o palabreo. En *Doña Perfecta* lo expresa claramente: «Pero lo más bonito era quizás el sauce, ese arbolito y que desde la llegada de la Retórica al mundo viene teniendo una participación más o menos criminal en toda elegía que se comete» (2007, 542). No se puede ser más claro, y con más humor, si bien confunde “retórica”, el arte de composición del discurso, con el “ornato”. El otro problema proviene de la herencia del siglo XVIII, a pesar de su reconocimiento, en el caso del teatro, a Leandro Fernández de Moratín. Y así, en *La Fontana de Oro*, escuchamos al narrador:

Ramón tenía talento y facultades de poeta; pero había nacido en una época funesta para las letras. El frío clasicismo agostaba en flor en los ingenios que, educados en la retórica francesa y siguiendo los principios del prosaico Montiano, del rígido Luzán, del insoportable Hermosilla, no atinaba a utilizar los elementos poéticos de que en aquel tiempo nuestra sociedad les ofrecía (Arencibia: 2020, 186).

El pasado negado y renegado, tanto del XVIII encorsetado como de lo huerdo, frente al sentimiento romántico de lo colectivo, del pueblo, lo encarnará Iparraguirre por encarnar el espíritu de lo colectivo, como hemos recogido anteriormente. Lo hace tanto como la poesía que baja a la calle o no impostada al menos, sin literaturización, hasta el punto de admirar a Núñez de Arce. En cualquier caso, Ramón, uno de los protagonistas de la novela, afín a Riego (se irá con sus tropas desde Écija a Madrid, quizá por aburrimiento), y picaflor, es exponente de una caracterización de la poesía frente a la novela, pues se «pasaba el tiempo escribiendo versos a Marica, a Ramona, a Paca, a la fuente, a la luna y a todo. Pero todo cansa, y la poesía a secas no es de lo que más entretiene» (Arencibia: 2020, 166). Había hablado Galdós del público en su momento y de la comunión entre poeta y pueblo, pero ahora, después de las burlas suaves

sobre la adolescencia del *mariposón*, apuntará de nuevo al problema del entretenimiento de los géneros y el público que, sin duda, le preocupaba mucho.

En el caso del ciclo de las novelas de la serie *Torquemada*, en concreto *Torquemada en el purgatorio* encontraremos alguna descalificación de la poesía como arte en buena medida. Y así las opiniones de los protagonistas, donde se trasluce el autor por lo general, se expresan en los siguientes términos: «Para él hasta entonces, artistas eran los barberos, albañiles, cajistas de imprenta y maestros de obra prima; y cuando vio que entre gente culta solo eran verdaderos artistas los músicos y danzantes, y algo también los que hacen versos y pintan monigotes (...)» (2008, 272). En fin, los poetas son solo ‘algo artistas’, y abundando después en lo ya dicho ironiza en *Torquemada y San Pedro*: «Fama tenía de tan grande como hechicera, con una dentadura de cuya perfección no podrán dar cabal idea los marfiles, nácares y perlas, que la retórica, desde los albores de la poesía viene gastando en el decorado interior de bocas bonitas» (2008, 468). Opiniones repetidas en *La Nación* y *La Prensa* de Buenos Aires. Galdós es constante en su criterio desde múltiples ópticas, pero siempre es claro y rotundo en su perspectiva. Tan anticlerical como enemigo de lo impostado. A veces, lo reunifica negativamente y recarga su anticlericalismo y peor concepción de la poesía, como en *Ángel Guerra*, con una identificación entre las mismas: «Por mucho que se modifique externamente, entusiasmándose en el simbolismo católico y volviéndose tarumba con la poesía cristiana, detrás de todos esos fililíes está el temperamento de siempre, el hombre único, siempre igual a sí mismo» (2009, 612).

No es cuestión de repetir lo ya dicho, pero sí de ejemplificarlo, aunque sea brevemente, pero de forma significativa. Y así, por ejemplo, en la *Primera Serie* de los *Episodios Nacionales*, los matices burlescos están sujetos, desde la juventud y primera madurez, a la misma concepción descrita. Son una constante en sus chanzas: «(...) hasta los malos poetas anhelaban su caída (...)» (2005, 227).

También en *El 19 de marzo y el 2 de mayo* escuchamos nuevas burlas de Galdós a través de la boca de Celestino, tío de Inés, y poeta latinizante:

Gabrielillo: tengo que leerte una poesía latina que he compuesto en loor del serenísimo señor príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y aun creo que pariente. Me ha costado una semanita de trabajo; que componer versos latinos no es soplar buñuelos. Verás, te la voy a leer, pues aunque tú no eres hombre de letras, qué sé yo... tienes un pícaro gancho para comprender las cosas... Luego pienso enviarla a Sánchez Barbero, el primero de los poetas españoles desde que hay poesía en España; y no me hablen a mí de fray Luis de León, de Rioja, de Herrera, ni de todos esos que compusieron en romance. Fruslerías y juegos de chicos. Un verso latino de Sánchez Barbero vale más que toda esa jerga de epístolas, sonetos, silvas, églogas, canciones con que se emboba el vulgo ignorante... Pero vuelvo a lo que decía, y es que antes que aquel fénix de los modernos ingenios la examine, quiero leértela a ti a ver qué te parece.

A Gabrielillo, que confiesa que no sabe nada de latín, excepto el *Dominus vobiscum* y *bóbilis bóbilis*, no le queda más remedio que escuchar al clérigo poeta porque, como este señala, «Precisamente los profanos son los que mejor pueden apreciar la armonía, la rimbombancia, el *ore rotundo*, con que tales versos deben escribirse»:

(...) y don Celestino nos leyó unos cuatrocientos versos, que sonaban en mi oído como una serie de modulaciones sin sentido. Él parecía muy satisfecho, y a cada instante interrumpía su lectura para decirnos: —¿Qué os parece ese pasajillo? Inés: a esa figura llamamos lítote, y a este paloteo de las palabras para imitar los ruidos del mar tempestuoso de la nación cuando lo surca la nave del Estado, se llama onomatopeya, la cual figura va encajada en otra que es la alegoría (2005, 352-353).

Como vemos, es indudable que Pérez Galdós tuvo una sólida formación escolar en retórica, perceptible en estas burlas. También tuvo criterio en la mofa sobre la calidad de los poetas al hablar de Francisco Sánchez Barbero, amigo de la Escuela Salmantina de poesía (desde Meléndez Valdés a Juan Pablo Forner, que no fue precisamente muy amigo de Sánchez Barbero) o, con el tiempo, de Leandro Fernández de Moratín. Sí elogia, en serio esta vez, a través del padre Castillo, a Manuel Quintana. Y así destaca:

(...) su fogosa entonación, su grave estilo, su arrebatado estro, su numerosa cadencia, la gallardía de las imágenes, la verdad de los pensamientos, la elegancia de los símiles, la escogida casta de todas las voces y frases, que me olvido del apasionamiento y saña con que ataca institutos y personas que yo, a causa de mi estado, no puedo menos de reverenciar (2005, 737).

Y esta es precisamente la diferencia con las «pepitas de oro, sino perlas orientales habían de aparecer en esta balumba» (2005, 735). Y continúa el debate, a través del cura, sobre la obra de Juan Bautista Arriaza, atacado por maldiciente, pero con la culpa de no desear enmendar malas costumbres, como Juvenal. Sus mejores obras, vuelve a la carga, a pesar de admitir que no tienen sal son «Vejámenes, dirigidas contra cómicos y poetas» (2005, 736). No hace falta comentario.

En *La familia de León Roch*, de nuevo a través del cura, como suele ser habitual en su obra —y con mucho criterio, pues son los pocos con formación en retórica, independientemente de los juristas, políticos y profesores—, continúan las chanzas:

Ni esto es verso —le dijo— ni es tampoco prosa.
No era verso ni prosa, pero era poesía; eran estrofas, renglones bíblicos, que expresaban las agitaciones de un alma contemplativa. ¡Cómo se reía el cura leyendo: «Llega el oscuro de la noche, y las ovejas del cielo se extienden por el grandísimo campo azul, guardadas por los ángeles bonitos... El Señor ha pasado ayer en un carro de truenos, del que tiraban relámpagos, que resollaban con granizo y sudaban con lluvia... Yo temblé como llama en el viento, y di mil vueltas en mi idea, como la piedrecilla arrastrada por el río... ¡Soy como el cardo seco a quien se pega fuego haciéndome humo, suelto mi ceniza y subo al cielo! (2006, 198).

Los ejemplos son abundantes y muchas veces con esa vinculación a lo “cristiano”, aunque sea de refilón:

—¿Y qué has oído del poeta? —añadió la de Fúcar con sagaz malicia—. ¿El marqués no te ha hablado de él? Este inspirado poeta, cuyos versos no hablan más que de *cándidas palomas*, de *iris de paz de la familia cristiana*, de *la cumbre del Sinaí* o de *Siná*, de las *vírgenes del Señor*, de *ansias pías*, de *azul empiroo*, del *querub tartáreo*, de *arroyos parleros* y de *la... alma virtud*; este egregio poeta cristiano tiene por *Beatrice* a tu adorada suegra.

Pepa no podía contener la risa.

-Ella es la que le inspira esas cosas tan divinas, tan evangélicas, tan por lo metafísico que escribe... A mí me carga lo que no puedes figurarte. Es un tipo. Leer sus versos y después hablar con él, es como caer desde las nubes al fondo de un pozo de cieno. No hay sólo dramas en tu familia, también hay sainetes (2006, 288).

En otro Episodio Nacional, concretamente en *Cádiz* (2006, 394-395), cuando le preguntan a Quintana por qué no hace versos en lugar de dedicarse a la política, este responde: «No están los tiempos para versos. Sin embargo, ya usted ve cómo los hacen mis amigos; Arriaza, Beña, Xérica, Sánchez Barbero no dejan descansar a las prensas de Cádiz». Y más adelante:

Es horrible la poesía de estos tiempos, porque los cisnes callan, entristecidos por el luto de la patria, y de su silencio se aprovechan los grajos para chillar. ¿Y dónde me deja usted aquello de Resuene el tambor;

veloces marchemos...?

—Arriaza —indicó Quintana— ha hecho últimamente una sátira preciosa. Esta noche la leerá aquí.

—Nombren al ruin... —dijo Amaranta, viendo aparecer en el salón al poeta de los chistes.

—Arriaza, Arriaza —exclamaron diferentes voces salidas de distintos lados de la estancia—. A ver, léanos usted la oda *A Pepillo*.

—Atención, señores.

—Es de lo más gracioso que se ha escrito en lengua castellana.

—Si el gran Botella la leyera, de puro avergonzado se volvería a Francia.

Arriaza, hombre de cierta fatuidad, se gallardeaba con la ovación hecha a los productos de su numen. Como su fuerte eran los versos de circunstancias y su popularidad por esta clase de trabajos extraordinaria, no se hizo de rogar, y sacando un largo papel, y poniéndose en medio de la sala, leyó con muchísima gracia aquellos versos célebres que ustedes conocerán (...).

A continuación, leemos los versos que comienzan con «Al ínclito Sr. Pepe, Rey (en deseo) de las Españas y (en visión) de sus Indias», y el poeta es interrumpido constantemente por aplausos y alabanzas, muestra de un sentimiento unánime de desprecio y burla hacia el rey, más allá de las opiniones individuales.

En *Los Ayacuchos* (2010, 648) el protagonista, Fernando Calpena, explica, abundando sobre lo dicho:

No ha variado nada Miguelito, que es el mismo holgazán perdurable y el gran autor eternamente inédito. Me hizo reír burlándose de la poesía, que considera como el diploma de la miseria y la ejecutoria del hambre; hablome luego de un proyecto magno que ha concebido para ganar dinero, el cual no es otro que construir una fastuosa casa de baños en el Manzanares, a estilo del extranjero, y por complemento un recreo de naumaquia o cosa tal, encauzando el río para jugar con él y decorarlo, en una considerable

extensión, con cascadas artificiales y con surtidores... ríase usted... con surtidores de vino. Me ha entretenido toda la tarde con estos donaires, y riéndome como un tonto he olvidado mis penas. Dios se lo pague. Le convido a comer. Si él se dejara, le ajustaría yo para que me acompañase algunas horas del día; pero a esto contesta que no puede comprometerse a consagrarme su tiempo, porque tiene que trabajar... ¿Qué hace? Dice que intenta corregir el *Quijote* y enmendar *La Divina Comedia*, para que sean obras dignas del respeto de los siglos. A su juicio, la *Biblia* necesita de algunos toques para ser un libro aceptable, y él se compromete a dejarla como nueva, si le dan en Gobernación una plaza igual a la de Pepe Díaz, con libertad para dedicar las horas de oficina a la composición y lima de versos.

En *El caballero encantado* hace referencia con agrado a lo pastoril, género que Galdós conocía bien, desde Virgilio a los poetas del renacimiento, pasando también por su admirado Cervantes (2011, 394):

Sólo con su imaginación, Gil abandonaba el paisaje y las ruinas para pensar en su amor y en la bella Cintia, de quien le separaban, a su parecer, distancias inconmensurables y siglos de tiempo. Y adormido en sus añoranzas, le venían a la memoria los versos idílicos que el zagal Rodrigacho solía cantar en la majada guiando a sus ovejas en busca de mejor pasto. Era el tal Rodrigacho un poco poeta y erudito memorioso de versos pastoriles. Gil se los hacía repetir, y algunos se le quedaron en la memoria. Recostado entre las ruinas y puesto el pensamiento en su augusta dama, murmuraba:

*Oh Venus, dea graciosa,
a tí quiero y a tí llamo...
Recordando otra canción muy lastimera, decía:
Bien sé que me ha de acabar
el dolor de esta partida, de
que de verme y verme veros ida,
me ha tanto de lastimar
que en ello pierda la vida... ¡Ijujú!*

En este vaivén hacia atrás y hacia adelante en la historiografía de Galdós en relación con la poesía, existen, tal y como hemos señalado, un buen número de novelas donde se ratifica lo dicho. No hemos querido ser exhaustivos en esta doble visión, positiva y negativa, de la poesía en Galdós, pero sin duda atinada en lo fundamental, aun en la falta de matiz y de comprensión de cierto tipo de poesía, pero los ejemplos emergen continuamente. Así, en una de las novelas de referencia, *El amigo Manso*, leemos: «Soy un ejemplar nuevo de estas falsificaciones del hombre que desde el mundo es mundo andan por ahí vendidas en tabla por aquellos que yo llamo holgazanes, faltando a todo deber filial, y que el bondadoso vulgo denomina artistas, poetas, o cosa así» (Galdós, 2020, 144). Con humor, reincide en un asunto que, en esta misma novela, aplica con divertimento a los novelistas. Cuando el bueno de Máximo Manso declara: «El dolor me dijo que yo era un hombre» (2020, 146), vemos una de las características que había aplicado a la poesía en su crítica a lo huero y en defensa de la verosimilitud del canto desde el dolor, desde lo auténtico, entre otras posibilidades.

Galdós, y esta es otra de sus virtudes, sabe de qué habla. Y así, a través de Máximo Manso y su discípulo, Manuel Peña, dice:

Más tarde estudiamos los poetas contemporáneos, y en poco tiempo se familiarizó con ellos. Su memoria era felicísima, y a lo mejor le sorprendía recitando con admirable sentido trozos de poemas modernos, de leyendas famosas y de composiciones ligeras o graves. Razón había para esperar que mi discípulo, que de tal modo se identificaba con la poesía, fuera también poeta. Cierta día me trajo con gran misterio unas quintillas; las leí, pero me parecieron tan malas, que le ordené no volviese a tutear a las musas en todos días de su vida, y que se mantuviera con ellas en aquel buen término de respeto y cariño que imposibilita la familiaridad. Yo le convencí de que no era de la familia, de que son cosas muy distintas sentir la belleza y expresarla, y él, sin ofensa de su amor propio, me prometió no volver a ocuparse de otros versos que de los ajenos (2020, 68).

Si no se vale, es mejor callar. Y eso debería hacer el modelo de lo indeseable, el pomposo poeta falso, Francisco de Paula:

Aquel pariente lejano de las musas (no vacilo en decirlo groseramente) me reventaba. La idea pomposa que de sí mismo tenía, su ignorancia absoluta y el desenfado con que se ponía a hablar de cuestiones de arte y crítica me causaban mareos y un malestar grande en todo el cuerpo. Vivía de un mísero empleillo de seis mil reales, y tal tono se daba, que a muchos hacía creer que llevaba sobre sí el peso de la Administración. Hay hombres que se pintan en un hecho, otros en una frase. Este se pintaba en sus tarjetas.

Después continúa hablando de su afición a concurrir a todos los certámenes poéticos y juegos florales, pero que

Sus odas son del dominio de la farmacia por la virtud somnífera y papaverácea que tienen; sus baladas son como el diaquilón, sustancia admirable para resolver diviesos. Hace pequeños poemas, fabrica poemas grandes, recorta suspirillos germánicos y todo lo demás que cae debajo del fuero de la rima. Desvalija sin piedad a los demás poetas y tima ideas; cuanto pasa por sus manos se hace vulgar y necio, porque es el caño alambique por donde los sublimes pensamientos se truecan en necedades huecas. En todos los álbums pone sus endechas expresando la duda o la melancolía, o sonetos emolientes seguidos de metro y medio de firma. Trae sofocados a los directores de Ilustraciones para que le inserten sus versos, y se los insertan por ser gratuitos; pero no los lee nadie más que el autor, que es el público de sí mismo (Galdós: 2020, 210-211).

Hay un constante hartazgo de lo volátil en opinión repetida: «Y me harté de poesía e idealidad» (Galdós: 2020, 225); o bien: «(...) y me interné en la casa. Harto de periodistas, poetas y políticos, mi espíritu me pedía el descanso (...)» (Galdós: 2020, 147). El cansancio que le produce el parloteo hueco y estéril es una constante en el genio del novelista canario:

Hay orador que parece un borracho haciendo cuentas. Y sin embargo, ve a ver los resultados prácticos... Es verdaderamente asombroso. Nada, nada, estos oradores de aquí, estas eminencias de veinte años, estos trovadores parlamentarios me atacan los nervios. Y lo que es el tal Peñita me revienta. Yo le pondría a picar piedra en una carretera, para que aprendiese a ser hombre práctico. Y desde luego a todo aquel que me hablase de ideales humanos, de evoluciones, de palíngenesia, le mandaría a descargar sacos al muelle de la Habana, o a arrancar mineral en Río Tinto para que adquiriera un par de ideas sobre el trabajo humano. Por amor de Dios, hombre, no digas que no. Háganme autócrata, denme mañana un poder arbitrario y facultades para hacer y deshacer a mi gusto. Pues mi primera disposición sería crear un presidio de oradorcitos, filósofos, poetas, novelistas y demás calamidades, con la cual dejaría verdaderamente limpia y boyante la sociedad (Galdós: 2020, 317).

Encontramos muchas opiniones más, redundantes u ocasionales, donde no vamos a entrar porque lo fundamental sobre su interpretación de la poesía está dicho. Pero no olvidemos esa vocación de dar noticia. Galdós no es un espectador inocente, y cuenta cuanto estaba ocurriendo. Lo vemos, por ejemplo, en *Miau*, donde da opinión y noticia: «Víctor doraba sus mentiras con metáforas y antítesis de un romanticismo pesimista que ya está mandado recoger» (Galdós: 2021, 208). O en *Cánovas*, donde aparecen el parnasianismo y la bohemia, otra faceta más, describiendo un momento histórico, y avisando de cuanto pasaba en París:

Sí; pocos días antes de mi salida, llegó de Portugal. Está muy desalentado, y cree que todo intento revolucionario, ya sea zorrillista, ya sea de otro orden, quedará hecho polvo bajo el peso de esta oligarquía de tres cabezas: la femenina aristocrática, la militar masculina y la papista epicena... Como decía, me instalé muy a gusto en el Barrio Latino, que es para mí el París luminoso, la urbe de la ciencia y el arte. Allí están todos los focos del saber y de la enseñanza pública; allí están la Sorbona, el Collège de France, la Universidad; allí las Escuelas Superiores de Medicina, de Farmacia, de Ingenieros, el Observatorio Astronómico, innumerables Institutos, Laboratorios y Bibliotecas; allí todos los grandes editores de París; allí, en fin, la inmensa cátedra de escolares, estudiosos los unos, otros afiliados a la graciosa hermandad que llaman bohemia. Sobre este inquieto y juvenil personal flota la nube de poetas más o menos parnasianos, y de pintores más o menos impresionistas.
—¡Hermosa y florida República —exclamé yo—, esperanza de un gran pueblo! (Galdós: 2018, 96-97)

El Café Cluny o el Odeón aparecen en sus páginas, así como una sociedad bohemia que se menciona con agrado, compuesta por pintores, estudiantes y personajes provenientes de diferentes países, todos con los bolsillos vacíos y ganas de gozar y divertirse.

Quizá no sean necesarios más testimonios sobre ideas recurrentes acerca de la concepción de la poesía en Benito Pérez Galdós a través de novela y obra crítica, si bien el teatro ha quedado al margen. Benito Pérez Galdós fue un escritor observador e interesado en su tiempo, y también en la poesía, en la que se empleó de joven. Tiene claro cuanto odia y defiende, como hemos visto a través de sus textos. Y no solo de una manera abstracta, sino con el conocimiento de causa de un lector de sus contemporáneos, nacionales, en lo fundamental, pero atento a cuanto ocurría en Europa, en París, por ejemplo. No solamente, según hemos visto, defiende esa idea suya próxima al folclorismo romántico a través de la comunión entre vate y pueblo, desde esa perspectiva de identidad entre ambos, sino que también destaca su atención al realismo como base del canto, al «pensamiento y sentir de los seres humanos reales, conservando siempre la elevación de la poesía, y no incurriendo en la murria del lirismo» (Troncoso: 2020, 134). Leopardi o Bécquer, o Eugenio Hartzenbusch o Núñez de Arce, por ejemplo (pese a cuanto nos pueda hoy parecer su poesía), la incipiente lírica simbolista y parnasiana, o poetas desconocidos hoy como Federico Balart, son objeto de esa perspectiva donde el abatimiento lírico, lo fingido, no cabía. Ciertamente no teoriza, ni profundiza en

exceso, ni era su propósito como escritor. Está más atento a la música en sus crónicas que a la poesía, siempre presente en ellas. Y con gran talento, finura en el saber ver, por ejemplo, el genio sencillo y complejo de Bécquer. Es decir, sin ideas *a priori*, pero contundente en sus opiniones y propuestas, sin ninguna duda. Y con conocimiento de causa.

BIBLIOGRAFÍA

- CHECA FAJARDO, P., *Juveniles destellos de Benito Pérez Galdós*, Ediciones CanariaseBook, 2020.
- DE LA NUEZ CABALLERO, S., “Galdós y la poesía”, *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977, pp. 118-131.
- GARCÍA MONTERO, L., *Galdós y los poetas*, Madrid, Instituto Cervantes, 2020.
- INSTITUTO CERVANTES, *La realidad de una esperanza. Galdós, la memoria y la poesía*, Madrid, Instituto Cervantes, 2020.
- MARTÍN CERREZO, I., “Los mundos imaginarios en Galdós: historia y poesía”, *Isadora. Revista de Estudios Galdosianos*, núm. 8, Madrid, 2005, pp. 45-49.
- NEBOT, I., *Benito Pérez Galdós. Textos iniciales*, Madrid, Ed. Mercurio, 2021.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Nazarín. Halma*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2005.
- *Episodios Nacionales. Primera Serie (I)*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2005.
- *Marianela. La familia de León Roch*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2005.
- *Episodios Nacionales. Primera Serie (II)*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2005.
- *Las novelas de Torquemada*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2008.
- *Tristana. La loca de la casa*, ed. Yolanda Arencibia y M. Jesús García Domínguez, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2009.
- *Ángel Guerra*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2009.
- *Episodios Nacionales. Segunda Serie (II)*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2010.
- *Episodios Nacionales. Cuarta Serie (I)*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2011.
- *Episodios Nacionales. Quinta Serie*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2011.
- *Cassandra. El caballero encantado. La razón de la sinrazón*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2011.
- *Doña Perfecta. Gloria*, ed. Francisco Quevedo García, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2018.
- *Cánovas*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.
- *La sombra. La Fontana de Oro. El audaz*, ed. Yolanda Arencibia, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2020.
- *El amigo Manso*, ed. Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 2020.
- *Miau*, ed. Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, 2021.
- SHOEMAKER, H. W., *Los artículos de Galdós en La Nación. 1865-1866, 1861. Recogidos, ordenados y dados nuevamente a la luz con un estudio preliminar*, Madrid, Ínsula, 1972.
- TRONCOSO, D., *Galdós. Corresponsal de La Prensa de Buenos Aires*, Casa Museo Pérez Galdós, 2020.